

TESTIMONIO DEL 2 DE OCTUBRE DE 1968

Javier Aguilar García

Llegué alrededor de las 17:00 hrs. a la Plaza de Tlatelolco, donde el Consejo Nacional de Huelga (CNH) había citado a un mítin como forma inmediata para continuar el Movimiento Estudiantil, que se veía desarticulado desde dos semanas antes, cuando el Ejército Mexicano había ocupado o invadido los dos principales polos de educación superior: Ciudad Universitaria, de la UNAM —el 18 de septiembre de 1968— y El Casco de Santo Tomás, del IPN, el 23 de septiembre del mismo año.

En estas condiciones el ambiente estudiantil estaba con amplio nerviosismo. Yo era estudiante del tercer año de la Preparatoria 3. El plantel se ubicaba en el centro de la ciudad, en la calle de Justo Sierra núm. 16, casi esquina con Argentina. Exactamente frente al antiguo plantel de la Preparatoria se encuentra hoy —ampliado y renovado— el Museo del Templo Mayor de México-Tenochtitlán.

La Preparatoria ocupaba las instalaciones del histórico edificio, denominado desde la época colonial Colegio de San Ildefonso. La Preparatoria tenía acceso por dos calles: por Justo Sierra y por San Ildefonso. Pues bien, recordemos que el movimiento estudiantil se inició el 26 de

julio, cuando fue reprimida la manifestación que se había organizado en apoyo a la Revolución Cubana de 1959.

Cabe recordar que marchas similares se habían realizado a lo largo de los años sesenta y nunca se había presentado un conflicto o una represión. Con motivo de la agresión indicada, cientos de estudiantes se refugiaron en el edificio de la Preparatoria 3. Los días 27 y 28 se dieron algunos enfrentamientos entre los estudiantes y los granaderos.

Como una manera salvaje de terminar el conflicto, el 29 de julio, “por órdenes superiores”, el “glorioso” Ejército Mexicano derrumbó con un *bazukazo* la antigua puerta del edificio colonial, y empezaron a encarcelar a cientos de estudiantes preparatorianos, así como a alumnos de las vocacionales y prevocacionales que se encontraban ahí desde la represión anterior.

Con este hecho militar, el movimiento no se apagó, al contrario, tomó fuerza en el Distrito Federal y otras entidades del país: se fueron a la huelga los estudiantes de Chapingo, de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), de la Universidad Autónoma de Baja California, de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Tabasco, del Tecnológico de Veracruz, así como de las Escuelas Normales Rurales, etcétera. Por lo anterior, en agosto surgió el Consejo Nacional de Huelga (CNH) y la Coalición de Profesores de la Enseñanza Media y Superior Pro-Libertades Democráticas.

Casi es ocioso señalar que en la Preparatoria 3 estudié los años de 1966, 1967 y 1968. Me correspondió vivir la huelga de la UNAM en 1966, los paros de apoyo a la huelga de la Escuela de Agricultura “Hermanos Escobar” de Ciudad Juárez, Chihuahua, en 1967 y, desde luego, la huelga del Movimiento Estudiantil de 1968, cuyo centro fue la UNAM y el Instituto Politécnico Nacional (IPN). Sin embargo, conforme se fue desarrollando el movimiento estudiantil en el Distrito Federal, como ya se indicó, se sumaron los estudiantes de otras partes de la República.

Enseguida de la marcha estudiantil del 13 de agosto, se sumaron a la huelga estudiantes de la Universidad del Valle de México, de los tecnológicos de Durango y Orizaba, de El Colegio de México, de la Universidad Veracruzana, así como de la Universidad Iberoamericana.

En 1968 participé a lo largo del movimiento, desde julio hasta octubre. Debo decir que en aquel año trabajaba como empleado administrativo en la Secundaria 27, de la SEP, situada en la Delegación Contreras. Mis labores en esta escuela se desarrollaban en el turno matutino, por lo que disponía de las tardes y las noches para participar en las actividades del movimiento estudiantil.

Desde fines de julio, con el *bazukazo* a la puerta de la Preparatoria 3, muchos estudiantes nos vimos sin instalaciones, pues el ejército ocupó el edificio. Por este motivo nos vimos forzados a participar desde otras instalaciones educativas. Varios compañeros y yo nos fuimos a Ciudad Universitaria, a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS) donde nos instalamos. Desde aquel plantel continuamos nuestra participación en el Movimiento Estudiantil y Popular.

El 2 de octubre, cuando llegué a la Plaza de las Tres Culturas, había muchos estudiantes, varios miles, como se ha dicho por otros testimonios, por la prensa y varios libros. También había grupos de trabajadores que se podían reconocer por sus mantas o pancartas: ferrocarrileros, burócratas, maestros de la SEP. Este es uno de los aspectos por los que se afirma que el movimiento tenía rasgos populares. Desde mediados de agosto empezaron las manifestaciones de apoyo a los estudiantes por parte de grupos de trabajadores: La Unión de Choferes Taxistas de Transportación Colectiva, La Unión de Taxistas de Reforma y Ramales. A fines de agosto se difundió un desplegado del Sindicato Revolucionario de Trabajadores de la Fábrica de Loza "El Anfora", de apoyo a los estudiantes.

En el mismo sentido de solidaridad con las demandas estudiantiles, en septiembre se pronunciaron: el Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM), el Consejo Nacional Ferrocarrilero (CNF) el Sindicato de Trabajadores de Muelles y Similares de Tampico y Ciudad Madero, el Sindicato de Trabajadores de The Sydney Ross Company, el Sindicato Nacional de Industria Liga de Soldadores y anexos de la República Mexicana, la Asociación de Trabajadores y Empleados de Herramientas Interamericanas, Trabajadores de la Comisión Federal de Electricidad (CFE), antes IEMSA. También se manifestó el apoyo de la Central Campesina Independiente (CCI).

En septiembre, el Movimiento fue apoyado por el Sindicato de Trabajadores de la Universidad de Nuevo León, los Médicos Residentes e Internos de los Hospitales General y Juárez de la ciudad de México, del Hospital General del IMSS, etcétera. Fue una respuesta a la ocupación militar de CU y del Casco de Santo Tomás. Los trabajadores de la industria y de los servicios manifestaban su apoyo a los estudiantes.

El 2 de octubre, en la Plaza de las Tres Culturas se veían familias, algunas de las cuales eran vecinas de la misma Unidad de Tlatelolco; otras familias provenían de otras partes de la ciudad, por diferentes motivos, pero desde luego también se veían personas que habían asistido al mitin, preocupadas por los acontecimientos previos de amplia represión, que había dejado sus huellas profundas entre la población del D.F. y del país.

El ambiente era de gran tensión. En los días previos, durante la ocupación militar de Ciudad Universitaria y el Casco de Santo Tomás, cientos de estudiantes y profesores habían sido arrestados y hechos prisioneros por órdenes —seguramente— de Gustavo Díaz Ordaz, el presidente de la República y al mismo tiempo jefe superior del Ejército Mexicano, que no sintió ningún escrúpulo para ocupar militarmente las instalaciones educativas más importantes de la ciudad de México y el país.

La situación estaba complicada. El Movimiento Estudiantil trataba de reorganizarse, de encontrar nuevas formas de articulación y acción en la medida que le habían arrebatado las instalaciones escolares. Como se sabe, en ellas se habían organizado las brigadas, se producía la mayor parte de la propaganda: volantes, mantas, periódicos, etcétera. Se desarrollaban actividades culturales, conferencias, música, cine, etcétera; las instalaciones culturales; también constituían el espacio donde se reunía el Consejo Nacional de Huelga (CNH).

No está de más indicar que en el gabinete del gobierno federal se encontraban políticos y militares como los siguientes: Luis Echeverría Álvarez, en la Secretaría de Gobernación; el general Marcelino García Barragán estaba como secretario de la Defensa Nacional. En el Distrito Federal se encontraba el general Alfonso Corona del Rosal como

Jefe del Departamento del D.F.; en calidad de jefes del Cuerpo de Granaderos estaban los generales Luis Cueto Ramírez, Raúl Mendiola Cerecero y el teniente coronel Armando Frías.

Una vez en la explanada de la Plaza de las Tres Culturas, situada en el centro de la Unidad y del barrio de Tlatelolco, comencé a caminar. Había llegado por la avenida San Juan de Letrán (hoy conocida como Eje Central Lázaro Cárdenas). Avancé hacia el centro de la Plaza. En este recorrido encontré a un compañero de la Preparatoria 3, Alfredo, un estudiante que nos había facilitado en algún momento libros de marxismo y de trotskismo en particular. Nos saludamos, intercambiamos algunas frases y cada quien siguió su camino.

Enseguida avancé hacia el lado izquierdo de la explanada —viendo de frente al Edificio Chihuahua. Luego me encaminé hacia el lado derecho, por donde encontré a otro excompañero de la Preparatoria 3, Max Ortega, que ya en ese momento era estudiante de la FCPyS de la UNAM. Tengo la impresión de que tanto ellos como yo estábamos reflexivos, bastante preocupados, pues se sentía un ambiente pesado.

Alrededor de la 17:15 hrs. comenzó el mitin. Empezamos a escuchar a los oradores que se encontraban en el Edificio Chihuahua, en el primer nivel. Casi al mismo tiempo se acercaron los helicópteros de la policía o del ejército; empezamos a escuchar, cada vez con mayor fuerza, los motores y las aspas de las máquinas que sobrevolaban la Plaza de las Tres Culturas. En algún momento me pareció extraño que bajaran tanto los helicópteros, pero enseguida me concentré en tratar de escuchar el discurso del orador.

Cerca de las 17:25 o 17:30 hrs. me encontraba frente al Edificio Chihuahua; viéndolo de frente, me localizaba hacia su lado sur. Primero escuchamos, luego vimos que un helicóptero se acercaba y con sus ruidos casi no dejaba escuchar al orador o conductor del Consejo Nacional de Huelga (CNH). Todos o casi todos volteamos a ver el aparato, que en esta ocasión se acercó mucho más que antes y vimos cómo de su interior, un soldado alargó el brazo y lanzó unas luces de bengala, que si mal no recuerdo se veían de color rojo/púrpura y/o verde.

Hubo sorpresa y asombro. Resultaba sospechosa la señal. Algunos lo

comprendieron de inmediato. Otros no adivinaban de qué se trataba. Yo estaba entre escuchando al orador y cavilando: es una señal para qué???? Ya no tuvimos tiempo para continuar nuestras interrogantes. La masa estudiantil y popular que estaba en la Plaza de las Tres Culturas se comenzó a agitar; empezamos a escuchar los ruidos de las botas militares; en medio de los gritos, algunos ruidos parecían “cuetes de pólvora” y varios compañeros decían: “no son ‘cuetes’, son balazos”!!!! Se hizo más cercano el ruido de las botas que marchaban con fuerza hacia el centro de la Plaza de Tlatelolco. Algunos gritaron: “vienen de atrás, de San Juan de Letrán”!!!!

Yo no alcanzaba a ver a los militares, sólo escuchaba sus botas. Alguien mas gritó: “vienen del lado sur, de la avenida Flores Magón...” No lo creíamos... parecía que llegaban militares de todos los puntos, estaban cercando la Plaza de las Culturas... Paralelamente, el orador del CNH, que estaba conduciendo el mitin gritaba: “cálmense!!!!, no corran..., tranquilos”!!!!

Seguramente, el orador veía cómo avanzaban los soldados y cómo se movía la masa. Tal vez lanzaba sus palabras para evitar que nos fuéramos a aplastar unos con otros; sin embargo, ya casi nadie escuchó al orador u oradores, que se arrebataban el micrófono para decir cosas que calmaran a la masa, que se estaba moviendo de un lado para otro. Era evidente que el caos se había apoderado de todos los integrantes del mitin.

La muchedumbre ya no escuchaba a los oradores del CNH. Los estudiantes y pueblo en general corríamos en todas direcciones. Me encontraba cerca de las escaleras que conducían de la plaza misma al Edificio Chihuahua. Viéndolo de frente, me encontraba a su lado sur; mi primer impulso fue correr hacia esa dirección, por el pasillo, pero vi que la gente se paralizaba y gritaba con todas sus fuerzas: “por aquí vienen soldados”!!! Comenzaron a gritar y a retroceder hacia el Edificio Chihuahua, por lo que también comencé a retroceder. Me enfilé hacia el centro del Edificio Chihuahua, imaginé que podía salir por debajo del inmueble, que en su planta baja tenía unos elevadores y un pasillo que conducía hacia su parte trasera, en dirección de la Avenida Reforma.

Encaminé mis pasos hacia los elevadores, pero enseguida me contuve. Observé claramente que varios individuos que portaban un guante blanco o un pañuelo en una mano, tenían en la otra sendas y grandes pistolas, que disparaban indiscriminadamente sobre la masa de gente que se encontraba todavía en el centro de la Plaza Tlatelolco y buscaban salidas por dónde correr, por dónde escapar...

Retrocedí de nuevo, reencaminé mis pasos angustiados hacia el lado norte o parte izquierda del Edificio Chihuahua. Cuatro o cinco estudiantes que corrían junto a mí, todos, observamos que muchos más bajaban con premura de la plaza y trataban de salir por el pasillo norte, junto al Chihuahua. Asumimos que era difícil salir todos por el mismo rumbo, pues bajaban muy atropelladamente, y no era para menos, los disparos se escuchaban en todas direcciones; como salida milagrosa, alcanzamos a ver que uno o varios estudiantes se habían introducido en una peletería, que se encontraba situada en la planta baja del Edificio Chihuahua. Varios nos lanzamos a la puerta que se abría para recibir a otros agitados estudiantes. Fue nuestra puerta salvadora.

Al entrar a la peletería, alzamos la mirada y descubrimos que no éramos cinco o diez los estudiantes los que habíamos visto la puerta, sino varias decenas. No sé cuántas decenas, no teníamos ánimo para contar a toda la gente. La tienda estaba llena de artículos de piel: bolsas, cinturones, carteras, creo que tenía hasta sillas de montar.

Todos los agredidos del mitin y quizás algunos clientes del lugar, estábamos tendidos en el piso. Unos gritaban, otros lloraban, otros en silencio, todos escuchábamos, sorprendidos, el cúmulo de disparos que cruzaban la Plaza de las Tres Culturas, pero que también estallaban en las ventanas de los edificios, todo lo veíamos con ojos de aterrados.

Poco después se supo que al interior de la tienda se encontraban dos o tres heridos de bala. Algunas voces exigían que se buscara algún médico para que los auxiliara. Pero fue en vano. No había respuesta. Otros gritaban que íbamos a morir, otros más decían que quemáramos las credenciales de estudiantes o de trabajadores, pero no todos estábamos de acuerdo en destruir las credenciales, pues era la única forma de identificación que teníamos en ese momento y resultaba mejor conservarlas.

Afuera de la tienda continuaba la enorme balacera. Oímos el estruendo de los tanques de guerra que se acercaban. Un tanque se detuvo precisamente delante de la tienda y teníamos una visión insólita: los militares desde el tanque disparaban a la población indefensa, a la población estudiantil o bien a la población civil, que ni unos ni otros tenían armas.

Sólo los militares, los policías y los miembros del Batallón Olimpia poseían armas y las disparaban de un lado a otro de la Plaza de las Tres Culturas. Desde nuestra posición, pecho a tierra, en la tienda, alcanzábamos a ver claramente los fogonazos de los disparos que se estrellaban en la plaza, o bien en los edificios que están frente al Chihuahua, o también en el edificio de la Vocacional 7, que se encontraba al norte de la plaza. Estábamos ante un espectáculo macabro y militar: no dábamos crédito, no aceptábamos que se matase a tanta gente de manera tan vil y tan cobarde.

El estruendo de los balazos, los alaridos de los militares, los gritos de miedo y terror que se escuchaban dentro y fuera de la peletería, fueron creciendo durante un buen rato. Creo que nos quedamos medio sordos de tanto ruido. Más adelante, en algún momento, que me es difícil precisar, entraron a la tienda varios militares. Nos expresaron que todo estaba bajo control, que nos quedaríamos tranquilos, que permaneciéramos tendidos en el suelo, que no pasaría nada.

Enseguida, alguien gritó que había heridos, que enviaran alguna ambulancia o médicos. Un militar indicó que se buscaría el servicio médico. En efecto, un rato más tarde, no se cuánto tiempo, llegó una ambulancia y se llevaron a los heridos —creo que dos o tres— y ya no supimos más.

En la Plaza de las Tres Culturas había ciertos momentos de silencio y otros de terror, especialmente cuando se oían las ráfagas de metralletas, rifles o pistolas. Parecía que todos los portadores de armas querían acabar con sus balas en el menor tiempo posible.

Los ruidos y el gran temor hacían muy difícil que pudiéramos mirar con tranquilidad lo que ocurría en la plaza. En los breves momentos que nos animábamos a levantar la cabeza y observar, veíamos numerosos

cuerpos tendidos en la plaza. También se veía a los “esforzados” soldados arrastrarse en la plancha, para rescatar algún cuerpo, alguna arma, pero aún así, otros soldados o policías, disparaban sobre los cuerpos de la plancha.

Las ráfagas de pistolas o rifles se observaban en los edificios que podíamos ver. Frente al espectáculo exterior, los que estábamos en la tienda de artículos de cuero, nos sentíamos llenos de impotencia y de terror. Además, no dábamos crédito a tanto salvajismo: por un lado, ni los estudiantes, ni los pobladores de Tlatelolco, ni los transeúntes, nadie de nosotros portaba armas de fuego, o armas de cualquier otro tipo; por otro, los militares, los soldados y los policías en sus diferentes formas se comportaban como si estuvieran participando en una guerra de ejército contra ejército.

Permanecimos en la peletería quizá desde las 5:45 p.m. del 2 de octubre, hasta la 1:00 o 2:00 a.m. del 3 de octubre. En esta larga jornada, en algún momento comenzaron a decir varios estudiantes: “nos van a matar”, “nos van a encarcelar”, “hay que destruir nuestras credenciales, nuestras agendas”. En este contexto algunos estudiantes destruyeron sus tarjetas, sus credenciales, o papeles donde traían algún dato de otros estudiantes o profesores. Sin embargo, otros guardaban sus credenciales, pues era el único medio de que en algún caso extremo serviría para que nos pudieran identificar. Yo procedí a guardar mi credencial de estudiante, pues creí preferible portar alguna identificación.

De las 6:00 a las 11:00 p.m. continuaron los tiros, los ruidos de los helicópteros policíacos o militares, el agudo ulular de las ambulancias, las pisadas de las botas militares en la Plaza de las Tres Culturas. En algún momento, quizá cerca de las 24:00 hrs., un militar que afirmó ser capitán, y quien estaba al mando del grupo militar que estaba alrededor de la tienda, nos pidió que permaneciéramos en orden, que ya pronto íbamos a salir. Creo que todos supusimos que nos iban a encarcelar en alguna delegación o en el Campo Militar o en algún tipo de cárcel clandestina. El aviso nos llevó nuevamente a que se comentara el asunto de las agendas, las credenciales, las fotos.

Más tarde, como a la una de la mañana del 3 de octubre, los mili-

tares nos hicieron salir de la tienda. Los soldados comenzaron a gritar: “párense, levántense”, “quítense los cinturones”, “caminen hacia los elevadores, para que reciban unos balazos”, “vamos a ver si son muy valientes”, etcétera. Los soldados nos amedrentaban y quitaban los cinturones. Nos dijeron que nos pegáramos a las paredes de los elevadores, con el objeto, según decían, de que nos llegase alguno de los balazos que tronaban y salían de las ventanas. Cuando algún compañero se resistía a pegarse a los elevadores, le tiraban patadas, o golpes con los puños o las culatas de los rifles.

Poco después el militar que encabezaba a los soldados que estaban en esta parte baja del edificio Chihuahua lanzó unas frases tenebrosas: “van a caminar despacio, hacia la parte trasera del edificio”, “pongan las manos en la nuca, caminen despacio”, “no se detengan, hasta el final del pasillo”, “avancen sin voltear atrás”. Creo que todos supusimos lo peor.

Comenzamos la marcha por el pasillo. Todos sentíamos impotencia e incertidumbre. No sabíamos qué iba a suceder. Suponíamos que nos iban a subir a algunos camiones, pues escuchábamos motores de camiones en todas direcciones. También creímos que nos iban a conducir a alguna cárcel o campo militar.

En la pesada marcha me encontré a otro compañero que conocía desde los años previos de la Preparatoria 3, que se apellidaba Mendoza, creo que era un profesor rural proveniente de Oaxaca, que marchaba igualmente con los brazos en la nuca. Nos reconocimos y caminamos. Me acuerdo que en las huelgas de la Preparatoria 3 en 1966 y 1967, se distinguía por tocar muy bien la guitarra en las noches de guardia en el edificio de San Ildefonso. Conocía muy bien los corridos de la Revolución Mexicana, especialmente los de Francisco Villa y de Emiliano Zapata. Varios detalles de la vida en la Preparatoria 3 pasaron por mi mente de manera apresurada.

Sin embargo, la situación crítica que vivíamos en esos momentos no me dejó recordar más. Ibamos atentos a lo que ocurría en nuestro alrededor. Atrás del Edificio Chihuahua, en efecto, hay un pasillo. Nosotros marchábamos por el centro del mismo. A los lados había una especie de valla formada por los militares vestidos de verde, por los militares del

Batallón Olimpia, que vestían de civil y portaban guantes o pañuelos blancos; además, estaban los policías de las diferentes corporaciones (PGR, etcétera); todos ellos nos miraban con todo detalle, nos amedrentaban con sus armas, algunos gritaban que nos calláramos, otros decían que se acercaba nuestro fin, etcétera.

Al final del pasillo, estábamos a la espera de que nos dijeran: “suban a *x* transporte”. Pero al acercarnos a la banqueta de la Avenida Reforma, nos gritaron: “sigan caminando, no se volteen, lleguen a la Avenida Reforma y caminen, váyanse, no se vuelvan a meter en desmadres”. Así que ahora los represores y agresores nos querían dar clases de moral y buena conducta.

Ante esta actitud, que naturalmente nos sorprendió, varios comentamos que ya no tenían camiones disponibles, o bien que no tenían lugar en las cárceles. Un nutrido grupo de estudiantes y pueblo en general, que habíamos estado arrinconados en la peletería, caminamos sobre la Avenida Reforma, hasta llegar a la Glorieta del Caballito. Inmediatamente, algunos compañeros empezaron a hacer mítines, a denunciar el asesinato en masa que se había realizado por el Ejército, por órdenes de Gustavo Díaz Ordaz, asesinatos que habíamos comprobado a unos escasos metros. (Al otro día supimos que el general José Hernández Toledo había estado al mando de las tropas que emboscaron el mitin estudiantil del 2 de octubre. La masacre fue ampliamente defendida por Julio Sánchez Vargas, el procurador general de la República, y por Gilberto Suárez Torres, procurador general de Justicia del Distrito Federal).

En la misma Avenida Reforma, varios compañeros insistieron en la necesidad de recorrer la ciudad con brigadas para denunciar la matanza que se había realizado por el gobierno federal. Algunos compañeros formaron de inmediato brigadas. Otros se fueron caminando, gritando en contra del gobierno. Otros se fueron apartando.

Por mi parte, al no encontrar algún compañero que conociera bien para realizar una brigada, opté por dirigirme a un departamento en la Colonia Condesa, donde vivían Lucy* y Salvador Magaña, compañeros

*Lucila Ocaña es actualmente profesora de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

que había conocido en la Preparatoria 3, en cuyo domicilio nos habíamos agrupado desde días atrás, cuando se dio la ocupación militar del *campus* de Ciudad Universitaria y del Casco de Santo Tomás. Les platicué lo que había vivido y se indignaron. Ellos no habían acudido a Tlatelolco por razones de trabajo. Hablaron por teléfono a varios amigos y estudiantes; se trataba de multiplicar y difundir la información por todos los medios posibles.

Finalmente, alrededor de las 3:00 a.m. del día 3 de octubre, salí del departamento de mis amigos. Como pude, me trasladé a mi casa que estaba situada en la Colonia Churubusco. Mi familia estaba durmiendo. Aparentemente no habían tenido noticias de la tragedia ocurrida en Tlatelolco, en la Plaza de las Tres Culturas. Mi abuela, mi madre, mi hermana, su esposo e hijos dormían.

El 3 de octubre el país y el mundo fueron sorprendidos por la noticia de la matanza de estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas, Tlatelolco. Las reacciones no se hicieron esperar. Algunas universidades estallaron en huelga, como protesta enérgica por lo sucedido; en particular recuerdo a la Universidad Autónoma de Nuevo León. Por otro lado, trabajadores de varias instituciones manifestaron su apoyo a los estudiantes y su más amplio rechazo a la represión ejercida por el gobierno. En este contexto, el personal médico —del Hospital de la Mujer (SSA), el Hospital Colonia de los Ferrocarriles Nacionales de México (FCNM), el Hospital San Fernando, la Maternidad Isidro Espinoza de los Reyes, el Hospital de la Nutrición, el Hospital de la Cruz Roja Mexicana, el Hospital Central de la SCT, etcétera—, realizó “paros” en sus respectivos centros de trabajo; por cierto, en estos centros de trabajo ya se venían realizando “paros” en apoyo al movimiento estudiantil y sus demandas.

En aquella tarde del 2 de octubre y en la madrugada del día 3, quedó bien guardada en mi memoria y en mi conciencia la brutalidad del Estado y del régimen político mexicano. Desde aquel momento sentí un gran compromiso con el pueblo mexicano, en particular con los trabajadores asalariados, con los grupos sociales que son explotados por el capital y subordinados por el régimen político. A partir de ese momento mi vida tomó un rumbo bien definido: combatir de manera permanente a

este régimen, bajo las más diversas formas posibles. Asumí que nada ni nadie me cambiaría de opinión, ni de trinchera.

Desde entonces, mis estudios en la UNAM —desde la Preparatoria hasta el Doctorado— tomaron un rumbo bien definido: el combate al régimen político priísta, así como el combate a la base económica en que se sustenta la vida política de México. Posteriormente, en mis actividades universitarias como profesor e investigador, he criticado las políticas del régimen, la estructura económica en que se sustenta, las formas de dominación que se ejercen sobre los mexicanos, en particular sobre los asalariados del campo y la ciudad. Las investigaciones que formulé y desarrollé para las tesis que he presentado en licenciatura, maestría y doctorado en la UNAM, los libros y artículos que he redactado a lo largo de mi actividad profesional como académico, son muestra de mi constancia con el compromiso adquirido en 1968.

Todos mis trabajos públicos, escritos y orales, publicados o no, han expresado la gran solidaridad que siento con los movimientos sociales del campo y la ciudad. Desde aquella fatídica fecha he acompañado a los obreros, a los campesinos, estudiantes, etcétera, en sus movimientos por conquistas económicas, sociales, políticas, universitarias, etcétera. Esta actitud me ha permitido profundizar en mis críticas y protestas por las situaciones de injusticia social que se viven a lo largo y ancho de nuestro país.

Nota: el presente texto fue redactado entre octubre de 2002 y mayo de 2003. Sólo ahora sentí que podía redactar con cierta serenidad lo que había experimentado. Es posible que a otros compañeros no les haya costado mucho esfuerzo escribir sobre el Movimiento Estudiantil de 1968, pero al suscrito sí le implicó un verdadero reto. Esta versión es aproximadamente la misma que he platicado con estudiantes de la UNAM y de otras instituciones de enseñanza media y superior, donde me lo preguntaron o requirieron. No está demás plantear que mi vida académica y profesional la he desarrollado en la propia UNAM, institución a la que he estado estrechamente vinculado desde los años sesenta. Por esta razón me permito indicar algunos datos de estas actividades.